

IGLESIA Y POLITICA

No es arriesgado suponer que cuando Juan Pablo II besó tierra española, en la tarde del 31 de octubre de 1982, tenía bien presente que llegaba a un país de vieja solera cristiana pero que atraviesa unas circunstancias particularmente críticas para su vida espiritual. Juan Pablo II sabía que España es una de las naciones europeas que, al igual que su Polonia natal, han merecido tradicionalmente el apelativo de católica y él mismo, en su juventud, pudo calar en toda su hondura la espiritualidad cristiana del Siglo de Oro, al estudiar la obra de uno de nuestros grandes místicos, para su tesis doctoral sobre El acto de fe en la doctrina de San Juan de la Cruz. Pero el Papa tenía a la vez clara conciencia de que el pueblo español está sufriendo una profunda crisis en sus valores religiosos y morales, que no es ajena, sin duda, a la que padecen muchas otras naciones occidentales, pero que por su propia subitaneidad resulta quizá más llamativa; más que la de otros pueblos, en los cuales aquel declinar de los valores cristianos ha avanzado paulatinamente, como por un plano inclinado, en la línea de un lento proceso secularizador, prolongado a través de siglos enteros.

1. La visita papal y su circunstancia

La misma circunstancia concreta en que se produjo la visita papal parece altamente representativa de la época de transformación por la que atraviesa y sigue atravesando España. La fecha del viaje de Juan Pablo II hubo de retrasarse sobre la inicialmente prevista, por razón de la anticipada convocatoria de unas elecciones generales. Cuando el Papa llegó a Madrid, apenas habían transcurrido cuarenta y ocho horas desde la jornada electoral y los resultados de aquellos comicios significaron el triunfo de una opción política, de características ideológicas bien notorias, que había hecho del cambio su slogan y su programa de gobierno.

El Episcopado Español ha expresado perfectamente esta circunstancia de la visita papal cuando escribe: Como jalón importante de este proceso es de destacar el acceso democrático al poder, por primera vez en nuestra historia, de un partido como el socialista, que en su tradición histórica y en su programa de gobierno presenta una impronta laicista que difiere en puntos importantes del pensamiento católico. Aunque no pocos de sus militantes y muchos de sus votantes se declaran cristianos y miembros de la Iglesia, con el paso del tiempo se viene manifestando la tendencia, ya presente en etapas anteriores, a implantar una escala de valores marcada por un humanismo agnóstico y disociada en gran parte del patriotismo cultural y moral del pueblo español (Exh. 10).

No es exagerado decir que la coyuntura española de octubre de 1982 marcaba con peculiar acento un acontecimiento tan trascendental como era la primera visita de un Vicario de Cristo a nuestro país, en veinte siglos de historia cristiana.